P. PICA Y PECA

DE BUENA

1

230817



COLECCIÓN INOCENTE

10 CTS.

1
230817

47/1434862

DE BUENA BOCA

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

¡POBRE LAURA!

Ya conocerá el lector aquella frase vulgar que dió motivo y título a una obra de magia, allá por los tiempos de Mari-Castaña y que se llamó y creo que se sigue llamando aún, porque todavía se hace de uvas a peras : «Todo lo puede el amor, o la pata de cabra».

Esta pata o este poderío del amor sobre todas las cosas ha sido siempre el acicate para las grandes empresas y ahí tienen ustedes la historia consignando en sus verídicas páginas mil hechos de valor realizados por enamorados de ambos sexos, como son ordinariamente los coristas de las compañías de zarzuela, a juzgar por los carteles-listas de las mismas : «20 coristas de ambos sexos», dicen.

Pero donde se ven los mayores sacrificios es en el sexo llamado débil, que para eso resulta más fuerte que nosotros, los que presumimos de varones, con *v* de corazón, cosa que nos falta, por lo general.

Aun no ha pasado a la historia lo que vamos a referir, porque los protagonistas viven todavía, llenos de salud y de hijos, lo cual demuestra que el hecho es reciente y apenas ha llegado a conocimiento de unos cuantos. Admirador el que esto escribe de la sublimidad de su ami-

R.3189539

ga Laura, verdadera heroína, espejo y prez del género femenino, piensa solicitar para ella una recompensa, alguna nueva cruz que podría crearse en su honor, y a la vez va a relatar sucintamente su odisea, que nadie conoce mejor que él, para edificación del género humano y estímulo y acicate de esa hermosa mitad del susodicho género, que tan buenos ratos nos suele proporcionar.

Laurita es, mejor dicho, era la virtud personificada, lo cual constituye su mayor galardón. Su retrato físico está hecho en dos palabras : hermosura singular.

Y, en efecto, era de una belleza peregrina y eso que su padre había sido en sus mocedades tendero de comestibles, hombre muy propenso a los sabañones y a dar el peso falto y el ladrillo molido por chocolate de vainilla. A su mamá, que se afeitaba cada quince días, la tomaron más de una vez por un carabinero disfrazado, y aunque nadie se explicaba el fenómeno, el caso es que de aquel par de cachalotes nació un capullito de rosa, un oloroso y blanco jazmín, una delicada sensitiva, un lirio, lirio entre espinas, algunas de las cuales habían de clavársele muy hondo, muy adentro...

Llegada a la pubertad, en la plenitud de su belleza y desarrollo corpóreo, especialmente en los senos, de una redondez incitante, se enamoró perdidamente de Ricardito, antiguo dependiente del establecimiento de su papá, el tío de los sabañones.

Este Ricardito era, en sus tiempos de enamorado, viajante de comercio y hacía largas excursiones por el extranjero, especialmente

por América, en una de cuyas repúblicas pensaba establecerse cuando contrajese matrimonio con Laurita.

Y aunque el joven Ricardo era un buen muchacho y harto conocido de la familia, los padres se oponían tenazmente a tal casamiento.

—No te conviene ese hombre — le decía el papá.

—No tiene lo suficiente—agregaba la madre.

—Yo creo que le sobra—argüía la joven.

—¿Tú qué sabes?—preguntaba el padre.

—Me consta.

—¡Eh, niña, niña! Esas son demasiadas averiguaciones.

—Eso no — arguyó el autor de los días de Laura—. Tú también me tanteaste a mí antes de casarnos.

—¡Ciriaco, no seas sicalíptico! Eso no se dice delante de una joven.

—¿Es algún pecado averiguar de qué dispone el novio?

—Bueno, lo cierto es que no se casará con Ricardo.

—¡Desde luego que no!

—Pues me casaré con él y tres más.

—¿Con cuatro vas a casarte?—exclamó alarmada la madre.

No quería decir tanto la joven, como habrá comprendido el lector, pero desgraciadamente parecía aquello una profecía terrible. Acaso no se equivocaba mucho, como tendremos ocasión de apreciar.

El padre se indignó mucho y estuvo por pegarle un puñetazo en la cabeza, porque era muy bruto, pero se contuvo manualmente y dió rienda suelta a su furor por medio de la lengua.

¡Pobre mártir del amor! ¡Oh, mujer heroica...!

Ricardito, el ex dependiente de ultramarinos, regresó de su excursión y se presentó en casa de los padres de su novia.

Venía alegre y satisfecho, pues el viaje había sido muy productivo.

Además, enterado de la actitud de la familia de Laura por las alarmantes cartas que ésta le dirigía, llegaba dispuesto a cortar por lo sano, planteando la cuestión de confianza y resuelto a casarse con ella de cualquier manera.

Aquella noche fué emocionante y trascendental.

—Mira, Ricardo—le dijo el padre, después de cenar juntos en familia, porque lo cortés no quita a lo valiente—, ya sabes que te conocemos de atrás y te queremos bastante; pero no hay que confundir un real de café con un revólver Smith. Digo, que estamos dispuestos a concederte el título de yerno, pero cuando lo tengas bien ganado, o mejor dicho, cuando ganes lo suficiente para mantener a tu mujer con decoro.

—¡Pero si mi sueldo y gratificaciones bastan y sobran para todo!—replicaba defendiéndose el novio.

—Es poco, es poco—repetía la mamá.

—Además, ¿no voy a establecerme ahora en Méjico?

—Muy bien; establécete y cuando tengas el negocio montado vienes a casarte con Laura o te la casamos aquí por poderes y te la mandamos allí tan pura y limpia como salió del vien

tre de su madre; porque de eso respondemos nosotros.

—Y yo también—agregó Ricardito, que dicho sea en honor a la verdad, no había conseguido jamás el menor favor de la joven. Como que era una virtud romana y espartana y a prueba de bomba.

Siguieron argumentando los padres, pero los jóvenes no se daban por convencidos. Los dos tenían unas ganas extraordinarias de gustar las delicias del matrimonio, y hacían muy requetebién.

Terminada la plática y todos conformes en apariencias, les permitieron expansionarse a los chicos, les dejaron hablarse a solas, contarse sus secretillos, hacerse el amor sin oídos ni testigos indiscretos e importunos.

Entonces se explayó Laura, descorrió el velo de los misterios y refirió a su novio que sus padres habían representado una indigna comedia, que nunca permitirían que se casasen, pues aquéllos tenían ya comprometido el matrimonio de su hija con un ricachón que les visitaba asiduamente.

—Pero les falta el rabo por desollar—exclamó furioso Ricardo—. Si es verdad que me quieres, lo vas a demostrar ahora.

—Por tu amor—replicó la joven—estoy dispuesta a los mayores sacrificios.

—¿Hasta abandonar a tus padres?

—Desde luego.

—Pues he aquí mi resolución. Yo parto dentro de tres días para Barcelona y Méjico. Apenas llegue a esta república te enviaré fondos; te embarcas y allí te espero. ¿Hace?

—Aunque fuera nadando, me iría contigo.

—Pues mucho disimulo y mala intención.

Terminaron detalles y quedó todo convenido para la fuga.

¿Ves, lector, cómo Laura era una verdadera heroína?



...estoy dispuesta a los mayores sacrificios.

Pues todavía me darás la razón con mayor motivo.

Sigue leyendo y verás la sublimidad de esta insigne amiga mía. Es una mujer excepcional, digna de una recompensa.

Ahora verás...

II

AHÍ QUEDA ESO

Partióse para el nuevo mundo Ricardito, llevándose en el cerebro otro más nuevo y más grande de ilusiones.

Apenas abandonó el campo, empezó la faena de los padres descaradamente: o se casaba con don Recaredo o no se casaba con ninguno.

La infeliz muchacha se resistía valerosamente y nadie podía hacerle olvidar al bien amado.

¿Quién la había de socorrer en sus cuitas, sola y abandonada? Unicamente su heroísmo; y Laura juró que primero la enterraban que dejar de casarse con Ricardito.

Don Recaredo, una vez ausente el novio se hizo más asíduo concurrente de la casa y empezó el asedio de la inexpugnable fortaleza de granito.

Este buen señor, de edad provecta y bastante deteriorado, casi inútil para las ocupaciones propias del amor, se teñía el bigote con aguas económicas, a base de nitrato de plata y sus pelos se habían tornado verdes, azules y colorados; un verdadero adefesio.

Pero era muy rico, y el vil metal (creo que se llama así al oro) había deslumbrado a la familia. Lo de siempre, por no variar.

También era visita de la casa el lagarto de don Diego, solterón y calavera empedernido; había pasado de los cuarenta, pero se conservaba muy bien y todavía hacía sus pinitos con las mujeres.

Como hombre de mundo, las elegía jovenci-

tas y bonitas, peritas en dulce, como él decía socarronamente, pero era bastante frívolo, una verdadera mariposa y se cansaba pronto de ellas : en la variación está el gusto.

Pero su generosidad compensaba su falta de formalidad ; pagaba espléndidamente y al romper las relaciones siempre dejaba a sus ex amadas algún regalo, con arreglo al comportamiento que con él habían tenido.

Este don Diego se había fijado más de una vez en los encantos de Laurita, pero hombre práctico en las conquistas amorosas, gran conocedor del corazón femenino, comprendía, como la zorra de la fábula, que estaban verdes, y semejante al gato que atisba al ratón, esperaba cautelosamente, vigilaba, ojo avizor, una ocasión propicia para entrar en juego.

Ricardito escribió su primera carta desde Méjico, dando cuenta de su feliz llegada y su inmediato establecimiento.

Henchido de ilusiones, prometía que dentro de poco, si el negocio seguía como había empezado, enviaría poderes para casarse con Laurita y la cantidad suficiente para que se la remitiesen allí con todo género de comodidades.

Esta carta fué la bomba final.

—Ya te estás preparando para la boda—la dijo su padre con brusquedad.

—¡ Oh, qué alegría !—exclamó la muchacha sin poderse contener.

—Pero ya sabes que te casas con Recaredo, ¿ eh ?

—¡ No, no, papá ; no cometas tal atropello con tu hijita !

—¡ Es cosa decidida !—terminó el padre, dejándola sumida en el mayor desconsuelo.

¡ Pobre Laura ! Las lágrimas se me saltan, y se te saltarán a ti también, lector piadoso, al recordar el martirio de la pobre joven.

A pesar de la oposición de la chica, los preparativos matrimoniales proseguían en la casa y se aproximaba a pasos agigantados el día fatal.

Don Diego, que estaba al tanto de todo y no perdía detalle, juzgó que aquel era el momento oportuno de presentarse en escena.

—Laurita—la dijo una noche, aprovechando, o mejor dicho, buscando la ocasión de hallarla sola—, ya sabes que siempre te he querido, en el buen sentido de la palabra, ¿ eh ? y me he interesado por tu suerte, porque veo que eres una verdadera mártir del amor.

—Ya puede usted creerlo—contestó la inadvertida joven.

—También sé—replicó el otro suavemente—que por casarte con tu novio harías los mayores sacrificios.

—Todos, incluso irme nadando hasta Méjico.

—Bueno, eso se dice antes que se hace ; tú no sabes lo que tendrías que nadar, muchacha.

—Tiene usted razón ; quiero decir que daría cuanto tuviese por estar a su lado.

—¿ Y te atreverías a abandonar a tus padres ?

—¿ No me abandonan también ellos a mi desesperación ?

—Es verdad. Pues bien, yo me comprometo a ponerte a bordo de un vapor que te conduzca a Méjico.

—Don Diego, eso parece una seducción.

—Te equivocas, Laura. Es que os tengo buena voluntad y no quiero verte sufrir. Es una

M. 3104507

oferta espontánea y sin ningún pensamiento malvado.

—No sé... no me atrevo.

—Piénsalo y no olvides que dentro de tres días te casarán con don Recaredo.

—Jamás.

—Pues andando; los gastos corren de mi cuenta; algún sacrificio he de hacer por vuestra felicidad. Yo te acompañaré hasta Barcelona, como un padre acompaña a su hija, y cuando te vea embarcada y camino de Méjico regresaré tranquilo y satisfecho de mi obra a Madrid.

—¿Y qué dirá usted a mis padres?

—Nada, porque no me preguntarán; no creo que supongan que te he seducido y te he robado de tu casa; porque tú tampoco tendrías el valor de pagar mi sacrificio con una ingratitud.

—¡Oh, eso nunca!

—Y gran sacrificio es el mío respetando a una mujer tan bonita y apetitosa como tú.

—¿Va usted a hacerme el amor? ¡A ver si me pone usted en guardia!

—Serías una tonta, porque ya conoces mis intenciones. De todos modos, libre eres de aceptar lo que te propongo o casarte con ese vejestorio.

—Es verdad, perdóneme usted; comprendo que lo hace todo por mi bien.

—Y por tu novio, que es muy simpático y se merece una mujer así.

—¡Pero es tan doloroso el trance!

—¿Pero y tu amor hacia Ricardo no te impone el sacrificio?

—Sí, sí; todo por su amor; nos iremos mañana; prepárelo todo...

¡Cuando digo que se van a quedar ustedes maravillados de las heroicidades de esta mujer! ¡A ver si alguna lectora se atrevería a hacer otro tanto!

Y eso que todavía no hemos empezado.

Ahora entra lo bueno; atención.

III

EN BARCELONA

Llegaron los fugitivos a la ciudad condal de un solo tirón y en un departamento de primera, que iba casi lleno. Don Diego lo quiso así, para evitar una tentación o las tentaciones que se hubiesen presentado, y dar mayor confianza a Laurita.

Pasadas las primeras horas y llegada la reacción, la chica rompió a llorar estrepitosamente. Lo que había hecho era estupendo, insólito, monumental. ¡Pobre joven! Cegada por el amor, ¿qué iba a ser de ella si don Diego la abandonaba, si acaso no podía llegar al puerto seguro donde la esperaba el dueño de su pasión? ¡Ah! ¡Oh!

¡Salve, heroína!

Por lo pronto llegaron, como decimos, a Barcelona y en un coche se dirigieron a una fonda; dejaron allí el equipaje y se lanzaron a la calle para conocer la gran capital, enterarse de la hora de salida del barco que había de conducirla a Méjico y charlar un rato a solas, cosa que no habían podido hacer en el tren.

La conferencia se celebró en un café de la Rambla.

M. 3104509

—¡Ah, don Diego!—exclamó la joven, después de haber absorbido un poco de cerveza, bebida que le repugnaba, o «repusnaba», como decía la pobre en su inocencia y desconocimiento de la gramática—. No estoy tranquila; me temo mucho que haya dado parte mi padre y me cojan aquí antes de embarcarme.

—Antes tendría que ser, porque luego sería un poco difícil. Pero no temas — agregó don Diego— ; tu padre no llegará a sospechar nunca que has tenido el valor de echar a andar sola por esos mundos y menos arriesgarte a hacer una travesía tan dilatada.

—¿Cree usted...?

—Creo, por el contrario que, a su juicio, tú no has salido de Madrid y allí te estará buscando a estas horas, en casa de alguno de tu familia o de tus amigas, y aunque no te encuentre, como desde luego no te encontrará, seguirá aferrado a su idea de que continúas en la corte y no hará la menor diligencia fuera.

—Es posible que lleve usted razón.

—¡Y tanta! De modo que desecha tus temores y pecho al agua y vamos a divertirnos mientras permanezcas en Barcelona; por lo menos quiero que te lleves buenos recuerdos de mí.

Laurita asintió y preguntó:

—Bueno; pero, ¿cuándo sale el vapor?

—Pasado mañana sale un trasatlántico, pero es español y hace escalas en Málaga, Cádiz y Las Palmas, puertos todos nuestros y por lo tanto de mucha exposición para los pasajeros sospechosos, los cuales son objeto de minucioso reconocimiento.

—¡Cielos!

—No te apures; dentro de quince días zarpa

otro italiano y éste, además de ser extranjero, va directo. En él te irás.

—¿Y qué haremos durante ese tiempo de espera?

—Divertirnos, ya te lo he dicho; no te aburrirás, Laurita. Por lo pronto vamos a tomar un carruaje; daremos un par de vueltas y en seguida a almorzar a la fonda. Creo que ya te he demostrado que puedes tener confianza en mí.

—Sí, señor; pero es tan violenta la situación... Ya ve usted: figuramos en la fonda como matrimonio...

—No podía presentarte de otra manera, porque aunque voy ya para viejo, no lo soy tanto todavía para parecer tu padre. Pero en cambio ya has visto que he tomado dos habitaciones con otras tantas camas, alegando que nos gusta dormir separados; cuando llegue la noche nos acostamos en nuestras camitas respectivas y tú cierras por dentro la puerta que comunica ambos dormitorios. De ese modo estarás más tranquila y segura, y aparentemente será correcta nuestra vida matrimonial.

—No, si yo tengo confianza absoluta en usted, don Diego; ya sé que es usted un perfecto caballero.

—¡Y un mártir, porque figúrate, con lo hermosa y seductora que eres, si mi sacrificio es pequeño!

—¡Vamos, vamos!—dijo Laura con esa coquetería innata en la mujer, que la conduce a veces al precipicio.

—¡Ah! Otra cosa. Para llevar la farsa hasta su último extremo es necesario que me tutees delante de la gente.

M. 3104559

—¡Eso sí que va a ser difícil!

—Pues no hay más remedio, ya lo comprenderás.

—En fin, haré un sacrificio... Como no estoy acostumbrada... ¡Qué vergüenzas me quedan que pasar! Tutearle... salir de paseo con usted... comer con usted... dormir junto a usted...

—Pero, en cambio de tales sacrificios, que no son, en realidad, tan grandes, pronto tendrás la dicha de unirte para siempre a tu amante.

—Lo que me da más reparo es comer con usted, delante de tanta gente como habrá en la mesa redonda.

—Ese detalle carece de importancia; comeremos en nuestra habitación, y arreglado.

—¿Los dos solos?

—¿Pues no somos marido y mujer?—replicó el pillastre de don Diego.

IV

EL PRIMER PASO

Después de admirar algo de lo bueno que encierra la segunda capital de España, llegaron a la fonda.

—¿Van a almorzar los señores? — les preguntó el «maitre d'hotel».

—Sí, porque el paseo nos ha abierto el apetito; pero comeremos en nuestra habitación.

—Como gusten los señores. Voy a dar las órdenes oportunas.

A poco almorzaba opíparamente el matrimonio fingido. Don Diego había encargado una comida suculenta, sazonada con salsas estimulantes y rociada con vinos de las mejores marcas, propios para excitar y trastornar a jóvenes incautas, en cuyos manejos era maestro consumado el empedernido calavera.

Durante la comida la chica dedicaba alguna lágrima o algún recuerdo a su familia y a su novio, pero don Diego ahogaba su dolor con sendos tragos de vinos generosos, de agradable paladar, pero de efectos desastrosos para las sencillas mujeres que abusan inocentemente del traidor moscatel.

Llegaron los postres, se destapó una botella de champagne y el espumoso licor acabó de trastornar y excitar a la joven.

Aquello estaba a punto de caramelo y no había que desperdiciar la ocasión.

—¿Sabe usted... es decir, sabes, esposo mío, que se me va la cabeza?—exclamó Laurita, que estaba a medios pelos.

—Recuéstate sobre mi hombro — replicó el camastrón de don Diego.

Y acercándose a ella unió la acción a la palabra.

Ella se dejó hacer, indolentemente, dirigiéndole una mirada velada por la semicurda y la lujuria que ya le corría por todo el cuerpo. Al fin, mujer.

El esposo fingido la dió un sonoro beso en la boca que repercutió por todo su ser, sacudiéndolo violentamente. Fué un despertar que hizo incorporarse a Laura y volvióla a la realidad.

—Pero, ¿qué hace usted, don Diego?

—Lo que haría un marido con su mujercita.

M. 3104509

—Pero usted no lo es ; yo estoy comprometida y mi novio me espera.

—Y ya lo verás, tonta ; pero mientras tanto no desperdicies la ocasión.

—No, no ; déjeme usted — exclamaba ella,



...mientras tanto no desperdicies la ocasión.

procurando débilmente desasirse de unos brazos que la aprisionaban ; de una boca que se acercaba a la suya, sedienta de caricias ; de unos ojos febriles por el deseo, que la dominaban con su mirada de fuego.

Sintió un ligero desvanecimiento ; él la aflojó la ropa, palpando encantos que nadie en la vida había visto ni tocado jamás, y logró reanimarla a fuerza de besos.

Abrió los ojos la virgen, se vió en poder de aquel hombre que verdaderamente sólo la había hecho beneficios, que por ella se había comprometido, que generosamente costeaba todos sus gastos, hasta ponerla en brazos del bien amado, admiró su caballerosidad, y como alma sublime que era, comprendió que todo aquello merecía otro sacrificio, una recompensa, y se abandonó a él, volviendo a cerrar sus hermosos y claros ojos

Además, sentía un hervor por todo el cuerpo, un cosquilleo extraño que le producía vértigos, un deseo de conocer algo que desconocía y presentía, y la heroica mujer cayó...

Es decir, no llegó a caer, porque al verla don Diego en aquel estado, la cogió en sus brazos, como si fuese una pluma y depositó el incitante cuerpo de la hermosa en la cama, sin que ella exhalase la menor queja ni protesta.

Cuando al cabo de un par de horas recobró Laura por completo sus cinco sentidos, se mostraba feliz y satisfecha.

Se había prestado al sacrificio por amor a su novio. ¿Qué mayor satisfacción que la del deber cumplido?

¡Eso es una verdadera heroína, y lo demás... lo que dijo Pucheta!

V

UN TRASPASO

Las camareras del hotel advertían todas las mañanas que sólo aparecía una cama deshecha : la otra permanecía intacta. Al fin, era un matrimonio y eso no tenía nada de particular ; lo otro hubiera sido lo extraño.

Pasaron días y Laura había tomado tan a pecho el papel de heroína y mártir, que a cada momento se hallaba dispuesta al sacrificio, con gran contentamiento de don Diego, que se estaba dando un verde morrocotudo. ¡Buena se la iba a encontrar el pobre Ricardito, si algún día llegaba a su poder!

Hay que hacer constar, en honor a la verdad, único honor de que ya podía echar mano Laurita, que no lo olvidaba un solo instante y no tenía más ilusión que hallarse a su lado para siempre.

Pero les separaba tanta agua... Y lo que te rondaré, morena.

Ocurrió que don Diego se iba hastiando poco a poco de la joven; en su corazón de tenorio voluble no cabía un amor por mucho tiempo, ya lo hemos dicho antes, y por eso se dió a pensar la manera de soltarse aquella carga que ya le resultaba bastante pesada y comprometida.

Abandonarla hubiera sido un crimen y su conciencia se rebelaba ante tal acción. De pronto se dió un golpe en la frente y exclamó:

—¡Ya lo encontré!

El hallazgo fué que don Diego se había tropezado en Barcelona con un amigote suyo, antiguo compañero de penas y fatigas y de conquistas en Madrid, tan mujeriego y rumboso como él, y en él pensó para soltarle el muerto.

Tuvieron una conferencia reservada y quedó convenido el traspaso, como si se hubiese tratado de un mueble o de una finca cualquiera.

Laurita no sospechaba la tormenta que se cernía sobre su frente, pobre mártir del amor. Aun debía demostrar mayor heroísmo, si cabe, que hasta el presente.

Una noche, ¡ay, mamá, qué noche aquella! don Diego estuvo más expansivo que de costumbre; la mimaba, la acariciaba como nunca.

—¡Pobrecita mía! — exclamaba—. ¡Qué pronto va a terminar la farsa!

—¿Qué dices?—preguntó ella alarmada.

—Digo que dentro de pocos días llegará el vapor que ha de conducirte a Méjico y nos separaremos para siempre: yo a llorar mi soledad, tú a cumplir honradamente tus deberes de esposa y madre.

—¡Ya creo que lo soy!

—También lo creo yo — añadió don Diego, que como hombre práctico en ciertos asuntos, suponía fundadamente, por algunos detalles, que la semilla había encontrado terreno abonado para su desarrollo—. De todos modos eso no es un obstáculo; ya se lo encuentra hecho tu novio; algún trabajo le he ahorrado, al fin y al cabo.

—Gracias, mil gracias en su nombre.

—No hay de qué.

—Ten la seguridad de que nunca te olvidaré, primer esposo mío.

—Ni yo a ti tampoco, paloma mía.

Y se confundieron en estrecho y caliginoso abrazo, precursor de otros excesos de mayor cuantía a que con ardor se dedicaron y de los cuales hacemos gracia al lector, por no ponerle los dientes de punta. No somos aficionados a sacarle la punta a nada.

Aquel día no acudió don Diego a comer, por primera vez desde que se hallaban en Barcelona. Tampoco comió la infeliz muchacha. En cambio se pasó todo el día llorando.

Cuando transcurrió la hora de la cena y se

convenció de que la ausencia persistía, pensó primeramente que algo podría haberle ocurrido y su primera intención fué la de dirigirse a la jefatura de policía para averiguar si le había pasado alguna desgracia, pero un vago presentimiento le bullía en su interior, además de lo otro que creía ella que también empezaba a bullirle.

Abrió un cajón del buró y encontróse con una carta cerrada y dirigida a ella.

Antes de romper el sobre lo comprendió todo; la abandonaba el réprobo, después de haberla seducido.

Y decía la carta:

«Mi inolvidable Laura: Razones poderosísimas me obligan a partir precipitadamente a la corte. ¿Olvidarte? ¡Imposible! Te dejo bien recomendada y además te queda el adjunto recuerdo.—Diego.»

El recuerdo consistía en unos cuantos billetes pequeños: quinientas pesetas en junto.

Y el barco salía el día siguiente; con aquel capital hubiera llegado difícilmente a Méjico; además, ¿quién le iba a arreglar los papeles?

Laura no desmayó, sin embargo; aquella alma viril y heroica se propuso vencer cuantos obstáculos se presentasen en su camino y seguramente triunfaría, como tendremos ocasión de ver muy pronto. Hay un dios para las mujeres así, lo que traducido al lenguaje vulgar quiere decir que nunca falta un roto para un descosido.

Se revistió de valor y se acostó en su mullido lecho.

Al día siguiente mandó que le subiesen el almuerzo a su habitación y después de maduro examen y de una comida nutritiva, que la resarció de la vigilia de la víspera, resolvió que lo más conveniente sería abandonar aquella fonda, mudo testigo de sus amores, buscar otro albergue más barato, empeñar las pocas alhajas que poseía y ponerlo todo a contribución para que no se le escapase el vapor siguiente, porque era el tercero y ya se sabe que a la tercera va la vencida.

Pretextó que tenía que regresar a Madrid, hacia donde había marchado su esposo el día antes y pidió la cuenta, que no podía ser más insignificante, pues don Diego la había saldado hasta la hora de su partida.

Cuando ya tenía hecho el equipaje la anunciaron una visita: la de don Homobono de Trijueque, que se apresuró a recibir, aun sin conocerle.

Era éste el amigo a quien don Diego había puesto en autos de lo ocurrido. De aspecto bonachón y simpático, cualidades que le granjeaban amistades en seguida, don Homobono tenía la obsesión de las mujeres y sus cincuenta largos de talla.

—Caballero—empezó diciendo Laura, al verle aparecer—, no tengo el honor...

—Ya lo sé.

—¡Cómo!

—Digo que, en efecto, no me conoce usted, pero yo sé muy bien a quién me dirijo. Ya la conozco a usted, señorita, y perdone que le dé este nombre convencional, que hemos convenido en adjudicarle a toda mujer que no se haya casado...

—No comprendo a dónde va usted a parar.

—Ya he llegado al final. Yo soy amigo de don Diego, el cual, como usted sabe lo mismo que yo, ha marchado precipitadamente a Madrid.

—¡Ingrato!

—¿Tanto le quería usted?

—¿Yo? ¿Pero es que acaso ignora usted que mi amor está al otro lado del mar, y que sólo seré feliz cuando llegue a encontrarlo?

—Ya sé que está usted prometida a un tal Ricardito.

—Mi único amor en el mundo; por él soy capaz de los mayores sacrificios.

—Me consta por la relación que me ha hecho mi amigo.

—Y no le ha engañado.

—Pues bien, Laura; yo, que puedo ser su abuelo, que no abrigo el más leve sentimiento egoísta, condolido de su situación la digo a usted sinceramente, con el corazón en la mano: Enamorada criatura, yo te protejo y te empujo. ¿Quieres irte a Méjico? Pues dentro de quince días te embarcarás. Todo corre de mi cuenta: arreglo de papeles, gastos de viaje... y no te pido la menor recompensa. ¿Qué voy a pedir, pobre viejo, de una criatura como tú, toda energía y virilidad? Una postal con vistas de Méjico, cuando llegues junto al bien amado.

Parecía un patriarca aquel venerable anciano y Laura se echó en sus brazos, metafóricamente hablando, y justo es hacer consignar en honor de don Homobono que no la hizo la menor insinuación que pudiera ofenderla en su castidad de ex virgen y mártir.

Laura trasladó su residencia a una casa que

le buscó y pagó el viejo, y aunque la visitaba diariamente, lo hacía con una corrección que encantaba a la joven y la predisponía en su favor.

Por aquel hombre se hubiera sacrificado nuevamente, máxime si se tiene en cuenta que la abstinencia la había abierto el apetito de par en par.

El heroísmo es capaz de sacrificar el honor cuantas veces se presente.

Por fin llegó el día anhelado. Don Homobono se presentó en casa de Laura radiante de alegría.

—Toma —la dijo—. Aquí tienes el pasaje, los papeles arreglados y esos céntimos por si necesitas algo durante la travesía.

—¡Pero si tengo yo dineros! —protestó la joven, admirada de tanta generosidad.

—No importa—replicó el viejo—; así no escasearás de nada. Y adiós.

Ella no pudo contenerse, porque era buena y agradecida. Se abrazó a su cuello y lo colmó de besos y lágrimas.

Y tanto lo besó, que don Homobono se puso a punto de caramelo y devolvió los besos con usura, dedicándose al dulce y sabroso parcheo.

... ...
... ...

Laura volvió a sacrificarse nuevamente, y con mucho gusto por cierto.

¡Quién sabe lo que podría ocurrirle durante la travesía!

Don Homobono, a pesar de sus años, quedó a la altura de la juventud potente.

Terminada la sesión, se repitió la despedi-

da, y la joven ¡¡por fin!! se embarcó con rumbo a Méjico.

¡Que el dios de los mares la acompañe con su bonancible semblante, porque la chica se lo merece por su heroicidad!

¡Allá va la nave...!

VI

LAS LLANURAS DEL MAR

Del mar se ha escrito mucho. Guy de Maupassant, el sublime loco, tiene una novela «En el mar», digna de leerse; el mismo Pierre Loti ha escrito bastante sobre el azul elemento, debajo del puente del *Bidasoa*, donde ha pasado la mayor parte de su vida; nuestro Jacinto Verdaguer compuso «La Atlántida» y hasta el ripioso Camprodón dió origen con su poema «Marina» a que Arrieta compusiese una música que ha pasado a la posteridad; a pesar de los ripios del poeta, como puede juzgarse por la muestra:

> Mi madre, aunque está impedida
> la pobre, te quiere tanto...

Digamos aquí lo del otro:

> Camprodón, me has dado un palo
> con ese lenguaje ameno...

Y basta de erudición de guardarropía.

Desde el muelle le dió la última despedida don Homobono, agitando uno de esos pañuelos

blancos que se usan para tales solemnidades; grandes y fuertes; para que se vean y para que puedan recibir muchas lágrimas, sin que chorreen escandalosamente.



...y más de un pasajero anheló poseerla...

A bordo llamó la atención Laura por su hermosura y sencillez.

Se relacionó en seguida con algunas damas distinguidas, que la admitieron gustosas en su

compañía y en amable conversación transcurrían las pesadas horas de la dilatada travesía.

Contó brevemente su historia, pasando por alto, como es consiguiente, algunos escabrosos detalles y se hizo con este motivo doblemente interesante y simpática.

Su odisea y su heroicidad fueron la comidilla a bordo, y más de un pasajero anheló poseer aquella linda criatura, pero ya sabemos hasta dónde llegaba la entereza y valor de Laurita.

A la primera insinuación que se le hacía volvía la espalda, cortando por lo sano, como suele decirse.

Y eso que entre el pasaje había tipos aceptables : jóvenes guapos y elegantes, señores respetables por su edad y posición... Pero sobre todos ellos se elevaba la adorada figura de Ricardito el dependiente de ultramarinos, que los eclipsaba y difuminaba de la imaginación de la chica, como la salida del sol disipa las tinieblas de la noche. Para ella, era Ricardo el sol que alumbraba su existencia, el faro o el farol, mejor dicho, que había de guiarla al venturoso puerto de la dicha y el amor.

A todo esto Laura se sentía engordar parcial y progresivamente.

Pasaban lánguidos los días, pero pasaban, al fin, y dentro de un par de semanas, si el tiempo seguía tan benigno como hasta entonces, llegarían a Méjico.

Ya le había puesto un radiograma a su novio, anunciándole su llegada y el joven la aguardaba con la ansiedad que es de suponer.

Advertirán los lectores que no hemos vuelto

a hablar de los papás de la interfecta. Supusieron fundadamente que su hija se había ido a hacer piernas a Méjico y desde aquella república esperaban resignadamente sus noticias.

Pero aun quedaba mucha agua por medio.

La virtud de Laura sufrió un nuevo atentado, pero frustrado.

El primer piloto, un real mozo, por cierto, se enamoró perdidamente de la joven y la declaró, atrevido, su tierna pasión.

—Es inútil—le dijo Laura—, no se moleste, porque yo sólo puedo amar a mi prometido.

—Concédame usted siquiera un leve favor—insistió el otro.

Ella lo vió venir y se negó rotundamente.

—Usted me ha tomado por una de esas aventureras que venden su cuerpo por unas miserables pesetas.

—No lo crea usted, Laurita. Por el contrario, su acrisolada virtud es lo que me ha seducido y por usted me hallo dispuesto a hacer los mayores sacrificios.

—Imposible, imposible. Pertenezco espiritualmente a otro hombre y pronto seré su esposa.

—Pero siquiera...

—Nada, ni una palabra más.

Y según costumbre, le volvió la espalda, con la altivez de una reina ofendida.

Quedóse perplejo y meditabundo el piloto. En su vida de conquistador acuático le había ocurrido un caso semejante. Y se dió a estudiar la manera de volver a la carga.

Laura rehuía su presencia, pero por educación tenía que soportarla muchas veces. El tu-

nante acudía, como por casualidad, a todas las tertulias donde aquélla se encontraba.

Y el barco se aproximaba cada vez más al término de su destino y el marino no adelantaba un paso en su conquista.

—Pronto se hallará usted en brazos de su prometido, señorita—la decían sus amigas—. Tendremos mucho gusto en conocerle y garantizarle bajo nuestra palabra honrada su honesto y edificante comportamiento a bordo. Es usted el verdadero espejo de la honradez y de la virtud y bien puede enorgullecerse su novio con la mujercita que le ha cabido en suerte.

—Muchas gracias ; son ustedes muy amables conmigo, señoras—repetía, agradecida, Laura.

El piloto se mordía aparte las guías del bigote y sufría.

—Me tiene usted loco—la dijo, cuando pudo hablarla a solas—. Por usted voy a hacer un disparate, se lo aseguro.

—Ea, olvídeme usted — replicaba ella— ; pronto nos separaremos, quizás para siempre, y si es verdad que me quiere, pronto también se consolará con un nuevo amor, que acaso se vea correspondido. Yo, por mi parte, lo siento mucho, pero ya sabe usted mi situación.

—Pues haré un disparate muy grande, ya lo verá usted.

—¡ Me da usted miedo !

—No se burle usted ; usted no me conoce.

Y se separaron.

La noche siguiente fué espléndida en la naturaleza y de regocijo para el pasaje, pues al otro día fondearían en el anhelado puerto y

volverían a encontrarse los seres queridos que la ausencia volvía a reunir, sanos y salvos.

El piloto comprendió que tenía que jugarse el todo por el todo, si quería poseer a aquella fortaleza de granito, que tan impasible se mostraba a su pasión.

Era ya muy tarde ; el pasaje dormía feliz y tranquilo, deseando que amaneciese para solazarse a la vista del puerto mejicano, y el piloto penetró cautelosamente en la litera de Laura.

Ella se incorporó y quiso gritar.

—No tema usted, señorita — la dijo— ; no vengo a atentar contra su honor ; vengo a suplicarla por última vez que acceda a mi pasión.

—¡ Jamás ! — exclamó nuestra virtud ejemplar.

—Pues bien — replicó el otro con calma— ; mi locura ha llegado a su apogeo y voy a hacer la barbaridad que tantas veces le he anunciado.

—No me asusta.

—¿ Ve usted esta mecha? Pues servirá para prender fuego al pañol de la pólvora y el buque saltará hecho pedazos. Y morirán hombres, mujeres, niños y militares sin graduación y de los otros, porque no quedará ni una rata con vida.

El pasaje seguía durmiendo tranquilamente, sin sospechar el peligro que corría en aquellos momentos.

¿ Qué ocurrió entonces ?

Laura se representó la hecatombe, se veía ya difunta y rodeada de cientos de cadáveres más, que la acusaban de su muerte, pobrecitos niños, indefensas mujeres, y se sintió heroica de nuevo...

Al cabo de una hora larga quedaba salvada la tripulación y el pasaje.

Fué un acto heroico que no se apreció en su justo valor, porque nadie se dió cuenta de él.

Así ha pasado siempre. ¿Cuántos héroes ignorados no habrá por esos mundos?

Y el autor entiende que esos héroes modestos y obscuros merecen mayor galardón que aque-



Laura es madre de varios hijos de ambos sexos...

llos que realizan sus hazañas a golpe de bombo y platillo.

Lector, Laura se ha casado, por fin, con Ricardito, y es madre de varios hijos de ambos sexos, algunos no mal parecidos.

Si, como yo, has tenido admiración por esa mujer sublime y heroica, demuéstralo cuando dentro de poco salga a recoger firmas solicitando que se la recompense con arreglo a sus méritos.

Firma en el pliego, como yo firmaré luego y firmo ahora aquí, poniendo fin a este verídico relato y retirándome prudentemente por el foro.

Vale.

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor.

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial
V.—Los predestinados
VI.—Un marido complaciente
VII.—Una juerga movidita

TERCERA SERIE

I.—El recomendado

EN PRENSA

Luna de miel

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona